

LALIENA CORBERA, Carlos; LAFUENTE GÓMEZ, Mario (coords.), *Consumo, comercio y transformaciones culturales en la Baja Edad Media: Aragón, siglos XIV-XV*, Zaragoza, Grupo Consolidado de Investigación CEMA – Universidad de Zaragoza, 2016, 273 pp., ISBN: 978-84-16723-08-9.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.19.2018.431-434>

En las últimas décadas la Historia Económica, más centrada habitualmente en el estudio de la producción y los intercambios, se ha comenzado a interesar por la demanda que los inducía, y por las transformaciones en las pautas de consumo que contribuyeron decisivamente a transformar la sociedad occidental. En ese sentido, el grupo investigador que fundara en Zaragoza José Ángel Sesma, y que ahora dirige Carlos Laliena, el CEMA, después de dedicar diversos proyectos a la población aragonesa medieval, a la ordenación social del espacio, y sobre todo al nacimiento de una economía integrada a través del comercio y de la vertebración de una red institucional y financiera, está consagrando ahora sus esfuerzos al estudio del consumo y al nacimiento de una verdadera “economía del conocimiento” en los siglos XIV y XV. Esto supone evidentemente un reto metodológico y heurístico, ya que estudiar la realidad económica desde el lado del consumo requiere de unas fuentes muy distintas a las que se habían manejado habitualmente, y del empleo de unos instrumentos de análisis nuevos, muchos provenientes de otras ciencias sociales, que necesitan además adaptarse a las peculiaridades de las sociedades preindustriales.

Todo ello se observa en este volumen, en el que el activo equipo aragonés ha comenzado a acercarse a otros tipos de documentación, como son los inventarios de bienes y las subastas post mortem, los libros de contabilidad de empresas o municipios, o las ordenanzas locales que trataban de regular el consumo. Esas fuentes, que no aparecen hasta bien entrada la Edad Moderna en otras regiones de Europa, como los Países Bajos o Inglaterra, donde han dado lugar a nuevas teorías sobre “revoluciones del consumo”, son en cambio mucho más precoces en la Corona de Aragón, territorio injustamente poco atendido por la investigación histórica internacional, quizá precisamente porque, para ciertas escuelas historiográficas, resulta un tanto incómodo reconocer que algunas pautas del crecimiento económico posterior parecen darse mucho antes en el área mediterránea que en los países que después lideraron la “gran divergencia” que llevó a Europa a dominar el mundo.

La presencia de dichas fuentes, y su exhaustivo aprovechamiento, deben permitir además un acercamiento mucho más realista a la dinámica económica de las sociedades medievales que las aproximaciones “macro” que practican los

teóricos de la Economía, proyectando hacia el pasado, sin apenas base empírica, índices y estimaciones comprobables únicamente a partir del siglo XVIII. Frente a ello, solo la multiplicación del estudio de casos, su cuantificación y su análisis en el marco de la mentalidad y la cultura material propia de cada época, permitirá asentar sobre fundamentos más sólidos nuestra comprensión del pasado.

Los nueve estudios que se reúnen en este libro tratan por tanto de acometer, desde distintos flancos, el reto que constituye comenzar a escribir la historia de la demanda. Estructurados en tres partes, la primera de ellas, la más amplia, se centra en el consumo de diversos productos, desde los más modestos a los que expresaban el lujo y la distinción, mientras que en la segunda cobran protagonismo los mecanismos de gestión, tanto de compañías comerciales como de municipios, y la última agrupa trabajos relativos a la actividad mercantil y al crédito, elementos básicos para poder acceder a los bienes de consumo y mantener un nivel de vida muy por encima del que podría proporcionar una economía menos compleja.

En el primer artículo, Javier Medrano parte de un caso excepcionalmente bien documentado, el de un cura del sudeste de Aragón, Antón Abad, para reconstruir las pautas de consumo en el medio rural a mediados del siglo XV. Se trata de un estudio micro, que sin embargo se puede considerar representativo de toda una capa intermedia de la sociedad, y en el que interesa la aproximación cuantitativa a la economía del personaje, comparando sus rentas y sus dispendios, así como la observación de las posibilidades de compra de que se gozaba en comarcas consideradas, en principio, alejadas de los grandes flujos comerciales. Todo lo contrario que el caso analizado por Concepción Villanueva, que parte del inventario de una tienda zaragozana, redactado en 1468. Porque Zaragoza era la cabecera de un importante mercado regional, y se hallaba bien conectada con las otras urbes de la Corona y con los reinos vecinos. Aun así, la tienda en cuestión destaca por su carácter popular, lo que es interesante, porque ayuda a entender mejor cómo el alza de los salarios reales y el descenso de los costes de transacción en estos siglos permitió una “vulgarización” del consumo que hizo que sectores mucho más amplios de la población, especialmente urbana, accedieran a una variedad mucho mayor de bienes. Una aportación especialmente interesante de este artículo es el intento de una “construcción sociológica del valor económico de los objetos”, en el que se trata de dilucidar cómo se llegaba a establecer un precio para cada uno de los bienes ofertados en una almoneda, quién intervenía en la tasación y cuáles eran los criterios que influían en ella.

Las otras dos contribuciones a este primer bloque se centran en el comercio y consumo de mercancías de alto precio. La de Sergio Martínez ilustra la instalación de maestros azabacheros venidos de Asturias y Galicia en Montalbán, documentando así un caso más de difusión geográfica de los saberes en un período, como el bajomedieval, tantas veces considerado erróneamente como de estancamiento técnico. De esos procesos es especialmente conocedor el autor del otro texto, Germán Navarro, que ya hace tiempo expuso cómo la industria sedera

llegó desde los centros italianos hasta Valencia gracias al desplazamiento de artesanos genoveses. En este caso es la penetración de esa mercancía, los tejidos de seda, lo que estudia, a través de una compañía, la de los Ribas a principios del siglo XVI, que los hacía llegar desde la capital del Turia hasta Zaragoza, pero que, además, y esto es lo más novedoso, articuló toda una red de productores a su servicio que le abastecía con regularidad.

En la segunda parte se profundiza en la complejidad de la gestión de otra de estas empresas, la de los Torralba-Manariello, estudiada por María Viu. Hasta ahora solo las grandes compañías mercantiles italianas habían sido objeto de análisis detallados de su actividad, a partir de sus ricos libros de cuentas. Hallar aquí en cambio Libros Mayores y abundante correspondencia de una sociedad radicada a caballo entre Barcelona y Zaragoza arroja nueva luz sobre el grado de complejidad organizativa que había alcanzado la actividad mercantil en la Corona de Aragón, y permite cuestionar la validez de las explicaciones demasiado simples sobre la economía medieval que se basaban únicamente en identificar “centros” y “periferias” comerciales.

Tan complicada como la gestión de una empresa privada era sin embargo la de los municipios bajomedievales, muchos de los cuales comenzaron en estos siglos una carrera desbocada hacia un endeudamiento crónico, sobre todo al convertirse en células de recaudación de la nueva fiscalidad regia. Mario Lafuente estudia en este caso uno de los primeros intentos de aplicar racionalidad a las haciendas locales, llevado a cabo en Aragón a finales del siglo XIV, en tiempos de Juan I. Toda una “auditoría general” dirigida desde la corona que trataba de acabar con la opacidad de las administraciones municipales, pero también una evidente injerencia del nuevo estado en los ámbitos políticos de las ciudades y villas aragonesas.

Cómo se integran los municipios y la fiscalidad en la economía y en los flujos de demanda bajomedievales es sin duda una cuestión ardua, pero muy importante de dilucidar. ¿Qué parte de la producción se desviaba del consumo de las familias para alimentar las arcas reales y municipales? ¿cómo incidía la política financiera de las ciudades en la demanda de sus habitantes? En el artículo de Sandra de la Torre que abre el tercer bloque del volumen se analiza la gestión privada de uno de los grandes impuestos de la Zaragoza medieval, la “ayuda de la harina”, muy relacionado con el consumo más básico. La autora explica aquí la externalización del procedimiento recaudatorio, un proceso que, como hoy podemos entender muy bien, no tiene nada de inocente, sino que tiene un gran impacto social, y que en este caso servía sobre todo para apuntalar el poder de la oligarquía local.

Por último, las dos últimas contribuciones del libro están firmadas por el director del proyecto, Carlos Laliena, la primera en solitario, y la segunda junto a María Teresa Iranzo. Aunque ambas están relacionadas con la circulación de capitales, las diferencias entre ellas son muy evidentes. En la primera se trata de probar la presencia de la moneda jaquesa, propia de Aragón, al otro lado del Pirineo, pero no a través de una investigación numismática, sino buscándola más

bien en las operaciones comerciales y los registros notariales, para demostrar el grado de integración económica en esa gran región a caballo de la cordillera.

El último artículo, “Mercados de crédito, deuda censal y señoríos en la corona de Aragón (siglo XV)” se adentra en el proceloso mundo del endeudamiento señorial a finales de la Edad Media. Gracias a los ricos archivos de las casas de Híjar y Urrea, Laliena e Iranzo no solo atestiguan y miden con precisión los apuros económicos de estos linajes de la más alta nobleza, sino que tratan de entender la lógica que les lleva a ellos y, lo que es más difícil, la de los mercaderes y cambistas que les seguían prestando dinero a pesar de su insolvencia. Para ello se adentran en interesantes reflexiones de tipo antropológico sobre el prestigio que aportaba en aquella época ser acreedor de un gran señor, y también razonan sobre la información limitada con que contaban estos agentes, que por tanto debían arriesgar su capital sin conocer, al menos en su totalidad, el estado de las cuentas de sus deudores. Cuestiones especialmente relevantes que implican un acercamiento minucioso a los comportamientos económicos de nuestros antepasados medievales.

El grupo CEMA, por tanto, que tiene la sana –y rara— costumbre de convertir sus proyectos de investigación en volúmenes que los hacen visibles y útiles para la comunidad científica, ofrece de nuevo una aportación relevante que se adentra en un aspecto poco frecuentado aún de la economía medieval, pero muy en boga actualmente. Es cierto que, en los primeros acercamientos a cualquier tema, y más a uno tan complejo como éste, se plantean dudas, por ejemplo, sobre la representatividad de las fuentes, dudas que solo se despejarán con el aumento cuantitativo de los casos analizados, pero estamos sin duda ante un muy prometedor primer paso en ese largo camino.

Juan Vicente GARCÍA MARSILLA
Universitat de València
Juan.V.Garcia-Marsilla@uv.es